
CUENTOS DE MI TIA.

INTRODUCCION.

Son los recuerdos de épocas pasadas
La miel y la amargura de la vida.
Cual plantas de virtudes encontradas
Puestas al mismo tiempo en una herida.
L. G. BURTON.

El pasado tiene un encanto misterioso para los que llevan en su cabeza la nieve de los años y en su frente la huella de las pasiones: que es manía de los ancianos suspirar por lo que fué y ya no ha de volver.

No sé si porque voy ya declinando en el camino de la vida, ó porque en efecto los recuerdos de otro tiempo encierran halagador prestigio, tengo la misma quejumbrosa manía; la verdad es que ejercen en mí poderoso influjo las memorias de ese pasado, quizás porque se ve á través de la mágica niebla de los años, y porque está ligado con aquella hermosa época de la existencia que se llama la infancia.

Entre mis recuerdos de aquel tiempo, hay algunos que hacen estremecer mi corazón con dulzuras y tristezas infinitas. Estos son los referentes á seres queri-

dos que están desde hace largos años en la tumba: mi abuela, venerable y majestuosa anciana que me recuerda las figuras bíblicas; mis padres, especialmente mi madre, á quien, por circunstancias particulares y hechos extraordinarios, nunca he podido contemplar en mis recuerdos sino como un sér divino y sobrenatural, y entre esa celeste aureola que rodea á los bienaventurados y á los mártires, porque en su mundana vida fué toda ella virtud, santidad y resignacion.

En el kaleidoscopio de mi imaginacion existen tambien, como abillantadas por celestial prisma, las figuras de otros séres queridos. Entre ellas están las de dos hermanas de mi madre, constantes compañeras de mi niñez, y á quienes recuerdo con dulce fruicion de ternura.

Eran aquellas dos naturalezas excepcionales, como plantas exóticas en este mundo, nunca contagiadas con las miserias de la tierra ni manchadas con su cieno; siempre tranquilas de conciencia, resignadas y virtuosas.

La una fué mi segunda madre, nombre que me complazco en darle, y que justamente merece; que no hubo solicitud que por mí no tuviera, ni cuidados que no me impartiera, ni abnegacion que por mí no practicasé, ni sacrificio que no consumase en aras del inmenso cariño que me consagró toda su vida.

La otra formó mis mayores solaces de niño. Amoldándose á mis pueriles exigencias, procuraba complacerlas risueña y alegre, con esa alegría apacible de los

corazones virtuosos y esa inagotable paciencia de las almas benévolas: sus cantares me arrullaron desde la cuna; entretuvieron agradablemente las horas de mi niñez, cuando yo los escuchaba con cierto júbilo melancólico; y aún hoy, el recuerdo de sus notas me causa recóndito estremecimiento, cual si fueran ráfaga de las armonías de otros tiempos.

Aquellos dos séres, despues de mis padres, formaron el mayor bien de mi existencia, y me acompañaron hasta su muerte. Ésta fué para mí rudo golpe: las últimas ramas del tronco materno, únicas ya que me cobijaban, caian bajo la implacable segur; los únicos afectos que me daban sus ternuras se hundian en la tumba!

¡Cosa extraña! pero explicable: al mismo tiempo que dolor agudo, sentí como un místico entusiasmo ante aquellos dos ataúdes cubiertos de blancas flores, emblema purísimo, y tributo rendido á la virtud de aquellas vírgenes sexagenarias!

* * *

Sin ser inquieto y bullanguero como todos los niños, gustábanme sin embargo ciertos juegos infantiles, más bien que los estudios escolares y las prácticas piadosas de mi madre en el hogar.

Mis más hermosos solaces eran nocturnos, cuando en compañía de mi hermano y otros chicuelos, y en un gran patio iluminado por la luna, nos entreteníamos en juegos usuales, ó en otros inventados. Con frecuen-

cia me separaba yo del grupo de jugadores, y tendiéndome á la bartola, poníame á contemplar de hito en hito el cielo azul, la luna que bogaba en la inmensidad, y las blancas nubes iluminadas por ella, semejantes á copos de espuma en un mar tranquilo, ó á inmensos vellones desparramados sobre un manto turquí.

Así trascurrían mis horas; y cuando oía la voz de mi madre, llamándome para que tomara parte en sus diarias oraciones, me hacia el desentido.

—¡Luis.... Luisito!—gritaba alguna de mis tias—basta ya de juego; vamos á rezar.

Y yo, seguía rehacio, haciéndoseme cuesta arriba abandonar la *maruca* y el *pan y queso*, ó mi muda y gustosa contemplación, para ir á pasar largo rato arrodillado rezando Rosarios ó Trisagios.

—¡Ven, Luisito!—clamaba aquella tia alegre y cantadora—vamos á rezar, y despues te contaré un bonito cuento.

Sólo entónces me decidía yo á abandonar el teatro de mis solaces, porque los cuentos de mi buena tia me entretenían agradablemente.

Con la esperanza de escucharlo, y saboreando de antemano las sabrosas peripecias del anunciado cuento, comenzaba yo á rezar fervorosamente. Mi imaginación vagaba, al principio, en la ignota region de los ángeles y los querubines; pero era seguro que á medio rezo me entraba un soporcillo que me hacia dar frecuentes cabeceadas, sin acordarme ya de ángeles ni de cuentos. Si por desgracia mia notaba ese amodorramiento mi

abuelita que estaba á mi lado, me propinaba un suave pellizco que me hacia brincar, y exclamar casi gritando: *Santa María..... etc.*

Debo decirlo, como una prueba de mis precoces propensiones á la poesía: mi somnolencia se disipaba en los momentos en que oía la voz grave y cadenciosa de mi madre recitar aquel conocido himno:

*Ya el sol ardiente se aparta,
Y su luz perenne.... etc.*

Tal himno tenía para mí poesía conmovedora y armonías celestiales.

Pero esto duraba un instante: pasada la fruición poética, volvía yo á mis cabeceos, cada vez más acentuados. Viendo mi impía obcecación, mi tia se acercaba á mí poco á poco, sin dejar su postura de rodillas, y me decía al oído:—“Si no rezas, no hay nada del cuento prometido.”

Este era el verdadero talisman para quitarme el sueño. Recobraba mi fervor, y lo mantenía hasta decir el *Bendito*.

Inmediatamente hostigaba á mi paciente tia, exigiéndole el cumplimiento de su promesa; y ella, benévola y complaciente como siempre, me daba gusto empezando su narración.

A su derredor formábamos corrillo mi hermano, yo y algun otro chicuelo, y escuchábamos émbobados el entretenido relato. Ya era el cuento del *Príncipe encantado*, ya el del *Pájaro de siete colores*, ó el del *Espejo de*

Amarilis, cuyos misteriosos y sorprendentes episodios servían de pasto á nuestra vírgen imaginacion.

Mi tia usaba el lenguaje propio de quien habla con niños: á veces un mismo cuento lo adornaba con nuevos incidentes, y otras, los inventaba con sorprendente facilidad.

¿Quién no es adicto á esas gratas memorias de la infancia? ¿Quién no siente como un bálsamo regenerador que baña su corazon, al hacer encantadoras reminiscencias de aquella edad feliz? Algunos de aquellos cuentos que escuché en mis mejores dias, son los que me propongo trasladar al papel: ¿y en qué mejor lugar ponerlos, sino en la simpática publicacion consagrada á la familia, es decir, á ese foco de ternuras, de felicidades y de recuerdos, que tiene tan íntima analogía con esos relatos inocentes y sencillos?

Si las producciones de mi pluma no son dignas de esta ilustrada publicacion, ni del santuario que se llama hogar doméstico, son, sí, un tributo rendido en el templo de los más puros afectos.

Seguro es que no podré imitar el estilo sencillo y agradable de mi tia; cierto tambien que, despues de tantos años, muchos de sus relatos se me habrán olvidado, y otros tendré que reconstruirlos con trabajo, algo desfigurados; pero válgame mi buena intencion, y el propósito que me hago de que no será larga mi tarea, para no fastidiar mucho tiempo á los lectores.

Con esto concluyo esta especie de introduccion.

EL CERTAMEN DE HERMOSURA.

No recuerdo bien si éste era el título de uno de los cuentos de mi tia; quizá más bien se llamaria *La más bella niña*, ó cosa por el estilo, porque el nombre de estos cuentos y el lenguaje con que eran relatados, tenían toda la sencillez característica de la narradora y de su infantil auditorio. Mas el título no hace al caso, con tal que la esencia no se haya alterado.

I

Juan y Marta formaban un matrimonio modelo, porque entre ellos jamas hubo un sí ni un nó contradictorios, ni dimes y diretes, ni celillos que todo lo enturbian y echan á perder. Los vecinos, con ser de suyo murmuradores, no les hallaban lado flaco en que cebar su natural y fea propension, y ántes bien, encontraban frecuentes motivos para elogiarles: Juan y Marta, pues, vivian tranquilos por este lado, y en paz y gracia de Dios.